

Ideas para la tarde

Por Juan Carlos Aguilera



Del aula a las trincheras: La universidad y el hombre-masa

Cuando José Ortega y Gasset escribió *La rebelión de las masas*, no hablaba de política electoral ni de sociología callejera. Hablaba de una enfermedad más profunda: la desaparición del ideal de excelencia. Y señalaba que el principal síntoma de ese proceso era la entrada triunfal del “hombre-masa” en todos los ámbitos de la cultura, incluido —por supuesto— el mundo universitario.

¿Quién es ese hombre-masa? Es el que no se interroga, el que no se exige, el que no se somete al juicio de los mejores. Es el que, en lugar de admirar la altura, la desprecia. El que, en lugar de elevarse, exige que todo descienda hasta su nivel. Es —en palabras de Ortega— “el señorito satisfecho”, convencido de que su mera existencia justifica su autoridad.

Este hombre-masa ha tomado la universidad. Ya no está en la galería ni en la fila del fondo: ocupa los sillones del consejo académico, preside centros de estudiantes, diseña mallas curriculares y reparte certificados de “inclusión”. Ha convertido el aula en un foro emocional, el programa de estudios en una lista de microofensas, y la investigación en propaganda subvencionada. Ya no se trata de formar élites responsables, sino de producir egresados que validen su fragilidad con títulos.

Ortega vio que cuando desaparece el sentido de la excelencia intelectual y moral —cuando se desprecia lo difícil, lo complejo, lo alto—, la civilización se vulgariza. La universidad, lejos de escapar de esa lógica, se convierte en su epicentro. Porque nada resulta más útil al hombre-masa que una universidad que no lo contradiga, que no lo incomode, que no le recuerde que no sabe.

Y eso es lo que hemos hecho en Chile. Se han construido universidades para todos, pero no *de* todos. Masificación sin exigencia, gratuidad sin profundidad, diversidad sin jerarquía. No se exige excelencia, se exige representación. No se premia el esfuerzo, se condecora la sensibilidad. Y lo que es más trágico: no se corrige al estudiante mediocre, se lo halaga.

El resultado es una generación que, al igual que el hombre-masa de Ortega, se siente con derecho a todo, pero sin deber de nada. Cree que su sola opinión es sagrada, que su experiencia subjetiva es incuestionable y que cualquier crítica es violencia. Exige universidades “más humanas”, pero sin humanidad real. Rechaza la cultura, pero no propone otra cosa que su aburrida autoadmiración.

Y la culpa no es solo del alumno. Es del “sistema” que lo idolatra, del profesor que se adapta, del decano que claudica al fin de la comunidad que dirige, del rector que repite eslóganes. Parece que la mayoría ha dejado de creer en la misión intelectual de la universidad. Y así, como decía Ortega, “la barbarie no viene de fuera, sino de dentro: es la civilización que se suicida”.

¿Qué hacer? Volver al orden. Al *ordo amoris*. Recuperar el saber vivido, la idea de que no todas las opiniones valen lo mismo, que estudiar es mirar amorosamente la realidad y rendirse serenamente ante lo que uno no sabe. Que el conocimiento no es un derecho sin esfuerzo, sino una conquista que exige humildad. Que la universidad no está para dar voz al capricho, sino para formar juicio. Que universidad es, al fin y al cabo, la casa del saber común. Y el alma que unifica a quienes la habitan y la convierten en hogar es el amor a la verdad, al bien y a la belleza.

Santiago, mayo del 2025.